

Cómo salir de la niebla social

**JOSÉ LUIS
LANASPA**

El águila y la niebla, de Narciso Ibáñez Serrador, premio Lope de Vega del año 2000, puede traer polémica entre los comentaristas y entre los espectadores de la obra, que tratan de descifrar los posibles mensajes de la misma. El autor niega esos mensajes. Pero, en cualquier caso y esto es positivo, a la salida de la representación, ahora en el Teatro Español, se oyen discrepancias sobre las intenciones de lo que se ha visto en el escenario.

El protagonista del drama es un joven de hoy que se cree, o mejor dicho, que es Napoleón Bonaparte y que procura salvar a una sociedad adormilada en una niebla que lo cubre todo: empresarios, familia, sindicatos, políticos, etc. Sin duda, visto (en la medida en que se puede ver) el panorama, “es posible un mundo mejor”, como se dice en algunos carteles antiglobalización. Sí, pero ¿cómo conseguirlo? ¿Con salvadores del estilo de Napoleón Bonaparte?

Dice el autor, admirador de Bonaparte, que éste, entre otras cosas, creó las bases de la Comédie Française, y la industria del perfume y de la seda... y que

TEATRO

en España acabó con la Inquisición y el oscurantismo. Pero en nuestras enquistadas sociedades, aquel reencarnado personaje fracasa. Y se va al destierro de Santa Elena con unas manos prácticamente vacías. Ni cambia a su propia familia, ni cambia a los empresarios ni a los sindicatos, ni consigue convencer al ejército para hacer de América del Sur una sola nación próspera y

hermanada. Eso sí, el protagonista no deja que su individualidad sea absorbida por la masa.

Lo más probable es que el Napoleón verdadero de finales del XVIII también hubiera fracasado sin una sociedad francesa que poco antes iniciaba su prosperidad con la revolución (no fue una revolución de hambrientos) que llevó a toda Europa a terminar con los regímenes feudales hacia el proceso constitucional burgués del siglo XIX. Los salvadores, en el mejor de los casos, son servidores, mejores o peores criados. Pero la responsabilidad de lo bueno y de lo malo que ocurre en la convivencia de los humanos suele ser siempre de la sociedad, de la suma de lo que cada uno hacemos. Ciñéndonos a la obra teatral, El águila y la niebla tiene la virtud fundamental de invitar a la reflexión sobre la realidad en la que vivimos y, además, lo que pasa sobre las tablas está muy bien contado e interpretado y sin recurrir en ningún momento a artificios para espectadores fáciles. Sin duda, se trata de una comedia (o drama) original, dirigida por el autor e interpretada con acierto por sus protagonistas, Paula Sebastián y Luis Merlo. Al fondo, el deseo y la esperanza de salir de la niebla, es decir, de no rendirse ante la vulgaridad y los oscuros intereses. No es poco.

*Y el suplicio de algunos
recuerdos*

Esto es la Carta de Amor, de Fernando Arrabal, que llena las salas donde se representa, en Madrid, en el Centro de Arte Reina Sofía. Recuerdo atormentado de nuestra guerra civil a través de una familia, la del autor, que se proyecta con emoción y sin recurrir a fantasmas para acusar a “los otros”, que suele ser recurso de los políticos. Para Ángel Berenguer, estudioso del autor, se trata de una pequeña historia de traiciones familiares, convertida en gran falla por el creador, desde la cual nos contemplamos a nosotros mismos, la historia de este país y las opciones posibles para un lenguaje escénico nuevo. Sólo una mujer en escena, María Jesús Valdés, que transmite con emoción el sufrimiento y el desconcierto de una madre. Madrastra historia — dice— que abrió un paréntesis de rabia que ha llegado casi hasta hoy. ¿Por qué no comprendimos durante tantos años que la tragedia de la guerra civil nos impulsaba a devorarnos en el fondo del pozo de la angustia? Hablan de la condena del padre y de la anotación del hijo en su diario: “Más que repulsión estos verdugos piedad inspiran al justo, allá donde el cuclillo silba entre alhucemas. ¡Pobres matarifes!”, Fernando Arrabal, nuestro Ionesco o Beckett, que con su original palabra y con un ceremonial escénico distinto nos transmite la emoción y la soledad de vidas y tiempos que se van y se quedan.